

2214

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LA COLA DE PAJA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON ENRIQUE GASPAR



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR


(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.º

—
1896

2

LA COLA DE PAJA



Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

LA COLA DE PAJA

COMEDIA EN DOS ACTOS Y EN PROSA

ARRÉGLADA DEL FRANCÉS

POR

DON ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO LARA, la noche del 24 de Enero de 1896.



MADRID
IMPRESA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

—
1896

PERSONAJES

ACTORES

| | | |
|------------------|-------|----------------|
| ADRIANA..... | SRA. | RODRÍGUEZ. |
| JOSEFINA..... | » | PINO. |
| MANUELA..... | SRTA. | NÚÑEZ. |
| GONZALO..... | SR. | RUIZ DE ARANA. |
| DON SIMÓN..... | » | LARRA. |
| JULIÁN..... | » | NORTES. |
| TORIBIO..... | » | SANTIAGO. |
| LUIS..... | » | GONZALEZ. |
| UN TAPICERO..... | » | BARBERO. |
| UN CRIADO..... | » | VALLE. |

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de DON FLORENCIO FISCOWICH, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Un gabinete achafanado con puerta de entrada en el centro y dos laterales.

En el chafán izquierdo del foro, una ventana. En el de la derecha, una alcoba con una puerta de escape á los pies de una cama, cuya cabecera se pierde en el muro.

ESCENA PRIMERA

TORIBIO; á poco JULIÁN

TORIBIO. (Colocando un cartel en la ventana.) Hoy parece que hay más afluencia de viajeros; pongamos el cartel, por si pica alguno. «Se alquila el cuarto bajo con muebles y servicio.»

JULIAN. (Por delante de la ventana.) «Dirigirse á don Toribio Perales.»

TORIBIO. ¡Un forastero!

JULIAN. (Entrando.) ¿Es usted el propietario?

TORIBIO. Servidor de usted.

JULIAN. ¿Y tiene usted para alquilar...?

TORIBIO. Toda la casa; es decir, el primero, compuesto de dos piezas, ocupadas desde ayer por dos personas... recién empapeladas... marido y mujer... con cuatro huecos sobre el mar, está ya alquilado.

- JULIAN. Permítame usted... no he entendido...
- TORIBIO. Efectivamente, no me he explicado bien. En resumen, que el principal, de que ya no puedo disponer, es idéntico á este bajo que está vacante.
- JULIAN. Pues lo más sencillo es que me enseñe usted el que tiene disponible.
- TORIBIO. Habla usted como un libro. Sala con alcoba; aquí un gabinete con otra cama. Todo amueblado á la oriental.
- JULIAN. ¿A la oriental? No veo...
- TORIBIO. Mire usted esta tapicería. (Por la del sofá.) Persa pura.
- JULIAN. Me basta.
- TORIBIO. ¿Es usted solo?
- JULIAN. Con un amigo.
- TORIBIO. ¿Macho?
- JULIAN. ¡Sí, señor!
- TORIBIO. Lo pregunto porque yo soy casado, y naturalmente...
- JULIAN. ¡Ya! Tranquilícese usted. ¿Y qué precio?
- TORIBIO. No lo alquilo nunca por menos de cien pesetas al mes; pero á usted se lo dejaré en ciento cincuenta.
- JULIAN. ¿Cómo?
- TORIBIO. Siendo dos, no les sale á ustedes más que á setenta y cinco por barba.
- JULIAN. ¡Muy gracioso! Pero mi amigo y yo somos tan íntimos, que no pagamos más que como uno.
- TORIBIO. En ese caso...
- JULIAN. Tampoco nos hace falta el servicio.
- TORIBIO. ¡Ah! Pues sin servicio, veinticinco pesetas más.
- JULIAN. ¿Qué?
- TORIBIO. Y aun así, lo menos se ahorran ustedes diez duros en trastos rotos.
- JULIAN. Veo que es usted muy bromista. En suma: ¿me lo deja usted en las ciento?
- TORIBIO. ¡Hombre, si no da usted más...!
- JULIAN. ¿Cuándo podemos tomar posesión?
- TORIBIO. Al instante. El tiempo de poner en orden los muebles.
- JULIAN. Voy, pues, en busca de mi amigo.
- TORIBIO. Macho, ¿eh? Porque yo tengo por esposa un monstruo...

- JULIAN. ¿Tan fea es?
TORIBIO. Un monstruo de virtud. Por lo demás, joven y guapa...
JULIAN. Me alegro.
TORIBIO. Yo también.
JULIAN. Conque... hasta ahora mismo.
TORIBIO. Cuando usted guste.

ESCENA II

TORIBIO; luego DON SIMÓN

- TORIBIO. (Frotándose las manos.) ¡Magnífico negocio! ¡Qué contenta va á ponerse mi mujer! Pasemos una revista de inspección al cuarto. (Entra en la alcoba.)
SIMON. ¡Don Toribio, don Toribio!...
TORIBIO. ¡Ah! el inquilino del principal. (Cantando.)

«Buenas tardes, señor don Simón.»

- SIMON. Si canta usted, lluvia segura.
TORIBIO. Falta una palangana...
SIMON. ¿Dónde podría yo encontrar un traje de baño para señora?
TORIBIO. (Aparte inspeccionando.) Y una mesilla de noche. (Alto.) En el almacén de la esquina los hay magníficos... Con accesorio.
SIMON. ¿Cómo, con accesorio?
TORIBIO. No: es que seguía mi reflexión mental. ¿Ha dormido bien doña Adela? Vaya, me alegro. ¿Sabe usted que está cada día más apetitosa?
SIMON. ¿Es usted goloso?
TORIBIO. Lo fui: ahora ya no como dulces. ¿Y no ha tenido usted hijos?
SIMON. Proyectos, solo proyectos.
TORIBIO. Como yo. ¿Y aún sigue usted viviendo en Madrid, en la calle de la Abada?
SIMON. Número once. Siempre.
TORIBIO. Pues yo, cada vez estoy más contento de haber dejado

el piso cuarto del número nueve de la calle del Turco, para venir á establecerme en Motrico.

SIMON. Eso va en gustos. ¿Con que en el almacén de la esquina?...

TORIBIO. Sí, señor. (Recordando.) Candeleros...

SIMON. No, hombre; trajes de baño para señora.

TORIBIO. Eso, para señora... con bujía. ¡Manuela, Manuela!...
(Vase llamando.)

ESCENA III

DON SIMÓN, GONZALO y JULIÁN

SIMON. ¡Con bujía! El pobre don Toribio anda desequilibrado. Pero yo me estoy con esta calma y mi mujer espera sa...

GONZALO. ¿Cien pesetas? Es de balde. (Por Simón.) ¡Hola! ¡Un indí- gena!

SIMON. Calle... ¡Gonzalo!

GONZALO. ¡Don Simón!

SIMON. ¡Qué encuentro!

GONZALO. (¡Desagradable!) ¿La señora, buena?

SIMON. Gracias. Sin novedad. Pero figúrese usted que se ha olvidado en Madrid el traje de baño, y estoy en busca de uno; porque quiere empezar la tanda esta noche.

GONZALO. Pues por mí, no se detenga usted.

SIMON. No voy más que á la esquina... Hablaremos largo y tendido. ¡El buen Gonzalo!

GONZALO. ¡Mi excelente amigo! ¿La señora, buena?

SIMON. Está aquí. Vivimos en esta casa.

GONZALO. ¡Ah!

SIMON. En el principal.

JULIAN. Precisamente nosotros acabamos de alquilar el bajo.

SIMON. ¡Feliz coincidencia! Lo que va á alegrarse mi mujer...

GONZALO. Pero usted tiene prisa, y sentiría que por nosotros...

SIMON. Cinco minutos y vuelvo á pegar la hebra. (A Julián, por Gonzalo, á quien abraza.) Si usted supiera lo que yo quiero

á este joven; el inmenso beneficio de que le soy deudor...

GONZALO. ¡Oh! Calle usted, y recuerde que el tiempo vuela... y que la hora del baño...

SIMON. En dos minutos me planto en el almacén, y estoy de vuelta en lo que tarda en persignarse un cura loco.
(Vase.)

ESCENA IV

GONZALO y JULIÁN

JULIAN. ¿Quién es este original?

GONZALO. Es verdad: no os he presentado. Un tipo con el que siento haber tropezado; pero en fin, tú me compensas del contratiempo. ¡Qué suerte! Llegar á Motrico y encontrarse con un compañero, con un colega.

JULIAN. Pronto hará cuatro años que dejaste la Casa de Banca de Pancorbo y Compañía.

GONZALO. ¿Tú sigues allí de Cajero?

JULIAN. Sí. Lo que me ha extrañado siempre, es que, con tu fortuna no hayas mandado antes á paseo la teneduría de libros.

GONZALO. La cultivé hasta que se dedicó á la iglesia la mujer de mi principal.

JULIAN. ¿Qué?

GONZALO. Como que únicamente por ella me dediqué á la contabilidad por partida doble.

JULIAN. ¿Es posible? Una mujer casada...

GONZALO. Hablo así de ella, porque sus devaneos son públicos...

JULIAN. Con todo...

GONZALO. Siempre tan cándido. ¿No has querido tú nunca á ninguna mujer casada?

JULIAN. (Conmovido.) Sí, Gonzalo; á una á quien conocí soltera, y que hasta ignora que existo. Hoy, separado de ella por una gran distancia, la adoro; pero la respeto.

GONZALO. ¡Vaya una gracia! Si está ausente...

JULIAN. No; porque ya no es libre.

GONZALO. Esa razón me convence menos. Yo sigo un sistema contrario al tuyo. Me informo siempre del estado civil de la mujer que me da en el ojo, y excluyo, sin excepción á las solteras y á las viudas.

JULIAN. ¿Por qué?

GONZALO. Porque las solteras quieren casarse una vez, las viudas dos, y yo ninguna.

JULIAN. Pero eso es infame.

GONZALO. Tranquilízate: no creas que soy un libertino de profesión. Es que busco la enseñanza por ese medio.

JULIAN. ¿La enseñanza?

GONZALO. Sí. Yo puedo llegar á casarme algún día, todos somos mortales; y si caigo, quiero, aleccionado por el ataque, estar al corriente de los medios de defensa con que cuenta el matrimonio.

JULIAN. ¡Ah!

GONZALO. Necesito saber ponerme en guardia contra el armario de vestidos en que cabe un hombre, contra los ramilletes, vehéculos de los mensajes de amor, contra las citas dadas con macetas que cambian de sitio; precaverme de las excursiones balnearias, de las camareras fieles, de los médicos consultores: conocer, en fin, cómo se hace la caza del marido, para poder hacérsela en su día al amante.

JULIAN. ¡Qué depravación!

GONZALO. ¡Qué previsión, más bien! Porque no te figures, que todo son triunfos. No, Julián; por cada éxito, hay cien derrotas. La virtud abunda más de lo que se cree. Y luego lo que se sufre... Te citaré un ejemplo entre mil. Era en la calle de la Abada número once.

JULIAN. ¿Abada, once? no conozco...

GONZALO. Un matrimonio burgués.

ESCENA V

DICHOS; TORIBIO, con una palangana y una palmatoria, seguido de MANUELA, cargada con una mesilla de noche. Ambos llevan los objetos á la alcoba.

TORIBIO. (Sin mirar á los otros.) Con permiso de ustedes.

MAN. ¿Esto se deja en la sala?

TORIBIO. ¡No, en el comedor! ¡Imbécil! Una mesilla de noche...

MAN. Toma; lo mismo puede servir de día para otra cosa.

GONZALO. ¿Quién es este prójimo?

JULIAN. El propietario.

GONZALO. Buena cabeza, vista de espaldas.

TORIBIO. Ponla allí en el rincón, y mete dentro...

JULIAN. ¿Con que decías...?

GONZALO. Que lo difícil no era introducirme en la casa, de la que era visita; sino sacar de ella al marido que, en chinelas y batín, se pasaba las horas muertas echando firmas en el brasero. (Toribio se pone á escuchar.)

JULIAN. ¡Ya! Te estorbaba.

GONZALO. Justo.

TORIBIO. (¿Una historia escandalosa? Oído.)

GONZALO. Puse en juego cuantos recursos hábiles existen para arrancarle de sus lares; tarea inútil. El hombre, siempre embutido en su sillón, como la ostra en su banco.

TORIBIO. (¡Oh! Costumbres madrileñas...)

GONZALO. Por fin, una tarde que estaba en el balcón con ella, se me ocurrió una idea diabólica. Señalarle como un aspirante á su amor á un muchacho que diariamente pasaba por allí á hora fija.

JULIAN. ¿Una víctima inocente?

GONZALO. Es claro. La buena señora, y digo buena, porque lo era en efecto, cayó en el lazo y me autorizó á revelarle á su marido que un mozalbete rubio le hacía el oso, aconsejándole, por supuesto, que ejerciera sobre él la más activa vigilancia.

JULIAN. ¿Y la ejerció?

- GONZALO. Con encarnizamiento. Le seguía á todas partes, dejándome así el campo libre. Es lo que en terapéutica conyugal puede llamarse un derivativo.
- TORIBIO. (¡Qué corrupción! Ven, Manuela, ven; no estorbemos á estos señores.) (Vanse Manuela y él.)

ESCENA VI

GONZALO y JULIÁN

- GONZALO. Pues bien: toda mi estrategia se estrelló, como tantas otras veces, contra una virtud inquebrantable que me notificó el desahucio, sacándome los colores á la cara.
- JULIAN. Veo que conoces todos los secretos del oficio.
- GONZALO. A fondo. He tomado cuantas formas y disfraces te puedes imaginar. He sido barbero, maestro de piano, aguador, en fin, hasta criada.
- JULIAN. ¿Tú?
- GONZALO. Sí; cocinera en la calle del Turco.
- JULIAN. ¿En la calle del Turco?
- GONZALO. Número nueve, piso cuarto. Me llamaba Pepa.

ESCENA VII

DICHOS; DON SIMÓN, con un envoltorio que deja sobre un mueble.

- SIMON. (Riendo.) ¡Pepa! La historia de la Maritornes. ¿No es verdad?
- GONZALO. Sí. Don Simón conoce la aventura. Que te la cuente él, Julián.
- SIMON. ¡Bribón! ¿Sabe usted lo que hizo para introducirse en la casa? Sonsacó á la otra dándole más salario, y se presentó solicitando su plaza por siete pesetas al mes, y pagando lo que rompióse.
- JULIAN. ¿Te admitirían con entusiasmo?
- SIMON. Con tanto más motivo, cuanto que á su amo, cuyo nombre no ha querido revelarme nunca, le hacía mu-

cha gracia su carita de imagen, porque ahí donde usted le ve, parece que estaba muy seductor vestido de aparejo redondo.

JULIAN. ¿Y bien?

SIMON. Pues bien: al cabo de una semana, le tuvieron que despedir, porque... no quería lavar los calcetines del señor. (Riendo.)

GONZALO. Con eso no pude; me humillaba y preferí abandonar una aventura que, después de todo, no me ofrecía ninguna probabilidad de éxito.

JULIAN. ¿Otra virtud?

GONZALO. Sí, inexpugnable. El oficio, fuera de la enseñanza que procura, tiene más quiebras que productos.

SIMON. Lo que yo no me explico, es que haya imbéciles que se dejen engañar así.

GONZALO. No es con usted con quien yo lo intentaría.

SIMON. Perdería usted su tiempo.

GONZALO. ¿La señora, buena?

SIMON. Sí... esperando que le lleve su traje.

GONZALO. ¿Y por qué prefiere tomar el baño por la noche?

SIMON. Por pudor.

GONZALO. Es verdad, los vestidos mojados son muy indiscretos.

SIMON. Mucho. Una vez en el agua, el apresto cae, la mujer queda y la ilusión se va.

GONZALO. Pues haga usted como la ilusión, porque ya es tarde.

SIMON. (Mirando el reloj.) Se me ha parado. Voy á ponerlo en hora. Hasta luego. (Vase.)

ESCENA VIII

GONZALO y JULIÁN

JULIAN. Verdaderamente no vuelvo de mi asombro.

GONZALO. ¡Bah! Pequeñeces, bagatelas, historia antigua... Ahora estoy esbozando una aventura mucho más interesante.

JULIAN. ¡Hola!

GONZALO. Trato de abrir brecha en un hogar donde hay un marido joven, buen mozo...

JULIAN. ¡Diablo! Eso ya es más difícil.

GONZALO. Así lo creí yo al principio; pero no, la cosa viene de cara; y me atrae, en primer lugar, porque la mujer es bonita, pero muy bonita, y después, porque sospecho que estoy enamorado de ella. Es la primera vez que me ocurre semejante contrat'empo, y te aseguro que no estoy á mis anchas; pero todo se andará.

JULIAN. ¿Y vienes á Motrico por eso? —

GONZALO. A seguir la mina empezada en Santander.

JULIAN. ¡Ah! ¿La conociste allí?

GONZALO. En la fonda: acababan de llegar de Cuba. Por poco no pierdo su pista. Afortunadamente, supe que se dirigían aquí y me encaminé á escape á la estación, instalándome con ellos en vagón de primera. ¿Crees que el marido, el bendito del marido, al reconocerme experimentó el menor disgusto? Al contrario; bendijo á la casualidad que nos reunía, y... En fin, hástete saber que, durante el trayecto de Santander á Bilbao, mi hombre no ha hecho más que mirar el paisaje por la ventanilla, mientras que yo miraba á su mujer; ha dormido como un patriarca, y se ha apeado sólo en todas las estaciones en que había *restaurant*.

JULIAN. Está ya juzgado.

GONZALO. Y clasificado y catalogado. Hoy debe llegar con ella á Motrico, en donde al verme, dará de nuevo gracias á la casualidad. Conque... instalémonos. Una alcoba (Entrando en ella.) con una puerta de escape y una llave en la cerradura. ¡Qué imprudencia!

JULIAN. ¿Qué peligro ves en ello?

GONZALO. Podrían, mientras dormimos, entrar mujeres. Me guardo la llave: es más seguro. (Se la mete en el bolsillo.)

JULIAN. Distribuyámonos las habitaciones. ¿Cuál tomas tú?

GONZALO. Déjame ver la otra que no conozco todavía. (Desaparece por la puerta del cuarto contiguo.)

JULIAN. Creo que ésta es más grande.

GONZALO. (Dentro.) ¡Chico, hay una chimenea!

JULIAN. ¡Qué lujo!

GONZALO. Con telarañas. ¡Ah! Y un reloj con argumento: Pablo y Virginia.

JULIAN. ¿Bajo fanal?

GONZALO. No: bajo una capa de moscas.

JULIAN. Silencio: llega gente. (Adriana y Luis pasan por la ventana cogidos del brazo y se paran á leer el cartel.)

LUIS. «Se alquila el cuarto bajo con muebles y servicio.»

ADRIANA. Precisamente lo que buscamos.

LUIS. Entreinos.

ESCENA IX

JULIÁN, LUIS y ADRIANA

LUIS. (Entrando.) Usted perdone: ¿el dueño de la casa?

JULIAN. Siento decir á usted que este cuarto... (Aparte, demudándose al reconocer á Adriana.) ¡Dios mío!... ¡ella!... ¡mi desconocida!

LUIS. ¿Sería usted, por ventura...?

JULIAN. (Balbuceando.) No, señor... pero ahí dentro está... el propietario... el inquilino... con permiso de ustedes. (Vase aturdido.)

ADRIANA. ¿Qué le ha dado á ese joven?

ESCENA X

ADRIANA, LUIS y GONZALO

GONZALO. (Siempre dentro.) Chico: también hay pulgas.

ADRIANA. ¿Eh?

LUIS. A ver si con éste somos más afortunados. (Llamando á la puerta.) Diga usted... Veníamos para alquilar...

GONZALO. (Dentro.) Señor mío: la plaza está tomada. ¡Cómo! ¡Julian! ¿no has enterado á este caballero?... (Apareciendo, y aparte al verlos.) ¡Ah! por fin...

LUIS. ¡Nuestro compañero de viaje! Bendigo la casualidad que...

GONZALO. ¡Ya pareció aquello!

ADRIANA. ¿Sería usted el propietario?

GONZALO. ¿De este tabuco? No señora: no soy más que el inquilino.

LUIS. En ese caso, veremos si en otra parte...

GONZALO. ¿Y se figuran ustedes que voy á dejarles correr en busca de una vivienda que no han de encontrar? De ningún modo; tengo el derecho de traspaso, y me considero muy feliz de poderlo ejercer en beneficio de ustedes.

ADRIANA. Nosotros no podemos consentir que usted se quede en la calle por un acto de galantería.

GONZALO. Señora, yo tengo parientes aquí.

ADRIANA. ¿De veras?

GONZALO. ¡Vaya! Un tío riquísimo. Figúrese usted lo que á él le importará prestarme un cuarto. Nada, es cosa hecha. En cuanto á usted, caballero, si no le conviene esta habitación, aquí hay otra muy cómoda, con dos ventanas, y con un reloj... como van ya quedando muy pocos. Véalo usted... véalo usted... (Instándole á que entre.)

LUIS. Yo no sé si aceptar...

GONZALO. No por mí: por la señora...

LUIS. Sea. (Entra en el cuarto contiguo.)

GONZALO. (Como una seda. Es lo más amable...)

ADRIANA. Estoy confundida.

GONZALO. (Ofreciéndole una butaca.) ¡No tener un palacio que ofrecerla á usted en lugar de esta bicoca!

ADRIANA. Eso no aumentaría mi reconocimiento.

GONZALO. ¿Su reconocimiento de usted?... Diga usted el mío... (Con pasión y bajando la voz.) Porque lo tengo aquí... sobre mi corazón.

ADRIANA. ¿El qué?

GONZALO. Mírelo usted, señora. (Sacando un guante de mujer.)

ADRIANA. ¡Mi guante!

LUIS. (Apareciendo.) ¡Me gusta! Es muy capaz.

GONZALO. (Aparte.) ¡Cómo! ¿Ya ha visto á Pablo y Virginia?... (Alto.) Lo ha mirado usted poco.

LUIS. . . ¿El cuarto?

GONZALO. ¡No; el reloj! (De pronto.) ¡Ah!

LUIS. }
ADR. } ¿Eh?

GONZALO. (Yendo á la ventana.) ¡Qué hermoso vapor! ¡A ver si puede usted leer el nombre! (Dándole unos gemelos que lleva en bandolera.)

LUIS. ¡Está muy lejos!

GONZALO. ¡Bah! Fijándose bien... y mucho rato... no tenga usted prisa.

LUIS. ¡Bueno! (Se pone á mirar.)

GONZALO. (No tiene precio: hace uño de él lo que quiere.) (Volviendo junto á Adriana, y en voz baja.) ¿No es verdad, señora, que me dispensará usted el honor de aceptar mis humildes servicios? Nado como un pez, no monto mal, bailo regularmente...

LUIS. (Sin volverse.) Caballero...

GONZALO. (¿Ya?) Y bien, ¿cómo se llama?

LUIS. Es imposible: desisto. (Deja los gemelos sobre un mueble.)

GONZALO. No ha mirado usted bastante. (No importa: es dócil, sacaré partido de él.)

ESCENA XI

DICHOS y TORIBIO

TORIBIO. ¡Ah! ¿Tiene usted visita?

GONZALO. Sí: adelante. Estos señores son los inquilinos que me reemplazan: les he cedido el cuarto.

TORIBIO. ¿Les ha cedido usted el cuar...? (Parándose y fijando la vista en Gonzalo.)

GONZALO. Sí: les he cedido el cuar... (El mismo juego.)

TORIBIO. ¡Diantre!

GONZALO. (¡El marido de la calle del Turco! El amo de Pepa.)

TORIBIO. (Yo conozco esta cara.) Se me figura que le he visto á usted en alguna parte.

GONZALO. Imposible, no es mi barrio. (Segundo encuentro inoportuno.)

ADRIANA. (A Toribio.) ¿Puedo contar con que acepte usted el tras-paso?

TORIBIO. ¿Cómo no, señora? Con mil amores. (Es muy guapa.)

ADRIANA. Pues voy á ver esta otra habitación. (Vase al cuarto.)

ESCENA XII

LUIS, GONZALO y TORIBIO; luego DON SIMÓN

TORIBIO. (Decididamente no me es desconocido.) ¿Usted en Madrid iba al teatro de Apolo los domingos por la tarde?

GONZALO. No, señor: yo no voy al teatro más que el veintinueve de Febrero cuando cae en lunes.

TORIBIO. Y sin embargo, yo estoy seguro de que...

SIMON. (Dentro.) ¡Gonzalo! ¡Gonzalo!

GONZALO. (¡Un áncora de salvación!) (Dando la mano á don Simón, que aparece.) ¡Caro amigo! ¿La señora buena?

SIMON. Gracias... Ya me lo ha preguntado usted tres veces. Acabo de acompañarla á su caseta, y dentro de un cuarto de hora volveré á su lado para asistir á la primera inmersión. Pero quisiera enviarle estos efectos... (Tomando el paquete que dejó sobre la silla y dándoselo luego á Manuela.)

TORIBIO. Nada más fácil. ¡Manuela! ¡Manuela!

SIMON. ¡Ah! La bilbaina. Es muy templada.

TORIBIO. (Mientras don Simón le da el paquete á Manuela, que vuelve á marcharse.) Y muy buena: un tesoro. Ya hace dos años que la tengo, mientras que en Madrid ninguna me duraba arriba de un mes. (A Luis.) ¿Querrá usted creer que hubo una que sólo estuvo ocho días en mi casa?

LUIS. ¿Es posible?

TORIBIO. ¡Vaya! Pepa se llamaba.

SIMON. (Sospechando.) ¿Pepa?

TORIBIO. Una chicota guapa y fornida, capaz de derribar un bucy de un puñetazo. Pues se empeñó en que no había de lavar mis calectines.

SIMON. ¡Puf!... (Mirando alternativamente á Toribio y á Gonzalo y reventando de risa.)

TORIBIO. ¿Qué es eso? ¿qué le da á usted?

SIMON. Nada, nada... ¡Puf!... (Yendo junto á Gonzalo.)

TORIBIO. ¿Qué tiene ese hombre?

SIMON. (Aparte á Gonzalo.) ¡Bribón! ¡Tunante! ¿Con que era éste?

GONZALO. (Aparte á don Simón.) Cállese usted y no forme juicios temerarios. La mujer de don Toribio es una dignísima persona.

SIMON. Sí, ya sé; pero... (Aparte á Luis.) Era él: Gonzalo.

LUIS. ¿Quién?

SIMON. (Aparte á Luis.) La criada; la Pepa...

LUIS. ¿Cómo?

TORIBIO. Quisiera que me dijese usted lo que motiva esa hilaridad.

SIMON. Es... ¡puf!.. la idea de verla lavando...

TORIBIO. Pues no me explico el efecto cómico de esa operación.
(A Luis.) ¿Usted ve algo que...?

LUIS. (Riendo.) ¡Puf!...

TORIBIO. ¿También éste? (A Gonzalo.) Sea usted juez...

GONZALO. (Reprimiéndose.) ¡Puf!...

TORIBIO. ¡Bah! ya se cansarán. El resultado es, que mi esposa la puso de patitas en la calle.

LUIS. Muy bien hecho.

GONZALO. Lo merecía.

TORIBIO. (A don Simón.) Usted siga viviendo en Madrid, y... y ya me lo contará.

SIMON. ¿Cómo?

TORIBIO. Su señora de usted es joven, y usted tiene cincuenta y siete años.

SIMON. Cuarenta y ocho, don Toribio.

TORIBIO. ¿Cincuenta y ocho? Bueno. En suma, doña Adela es guapa. (A los otros.) Porque es lo que se llama una real moza.

SIMON. ¿Oye usted, Gonzalo? ¡Adonde viene con sus reticencias! (A Toribio.) ¿Tiene usted noticia de muchas mujeres que avisen á sus maridos cuando alguien las importuna?

GONZALO. (¡Anda! Ahora el otro.)

TORIBIO. ¿Y bien?

SIMON. La mía es una de esas excepciones. La única vez que se ha visto objeto de las asechanzas de un botarate, de un títere, rubio como un merengue... ¿sabe usted lo que ha hecho? Señálármelo por un amigo de mi intimidad, á quien nunca agradeceré lo bastante su abnegación. (Estrechando la mano á Gonzalo con efusión.)

TORIBIO. (Sospechando.) ¿Qué?

SIMON. Gracias á él, pude seguir á todas partes al enemigo de mi reposo; en el café, en donde á él le convidaban y á mí me hacían pagarles el gasto mis conocidos; en los teatros, para los que él tenía pase, y á mí me costaban un riñón. En resumen; yo no entraba en mi casa más que para dormir, dejando sola á mi pobre mujer que...

TORIBIO. (Estallando.) ¡Já! ¡já! ¡já!

SIMON. ¿A qué viene esa carcajada?

TORIBIO. (Aparte á Gonzalo.) ¡Buena pieza!

SIMON. ¡Don Toribio!

TORIBIO. (Aparte á Luis.) Mientras él corría tras el rubio... se quedaba allí un moreno... (Por Gonzalo.) Él. (Aparte á Gonzalo.) Usted, Tenorio.

GONZALO. (Aparte á Toribio.) Sí, yo que no hice más que cubrirme de ridículo á los ojos de aquella respetabilísima señora.

SIMON. ¡Don Toribio! (Indignado de verle reír.)

TORIBIO. Perdone usted, don Simón; pero... ¡já! ¡já! ¡já! (Mirando á los otros.)

LUIS.

GONZ.

} (Contagiándose.) ¡Já! ¡já! ¡já!

SIMON. ¿Se han vuelto loco, señores?

LUIS. Es que ese rubio me recuerda al lego de los *Madgyares*... ¡já! ¡já! ¡já!

GONZALO. Siempre perseguido... ¡já! ¡já! ¡já!

TORIBIO. Por el sargento... ¡já! ¡já! ¡já! (Dejándose caer sucesivamente cada uno sobre una silla.)

SIMON. ¡Ah! ¡ya! ¿Es eso lo que les hace á ustedes gracia?... No; y la verdad es que la tiene. ¡Já! ¡já! ¡já! (Echándose sobre el canapé, y riendo más que los otros que le señalan con el dedo.)

Todos. ¡Já! ¡já! ¡já!

LUIS. (Levantándose y tomando aparte á Gonzalo.) Caballero... Veo que es usted un hombre peligroso.

GONZALO. Permita usted...

LUIS. Muy peligroso. (Separándose de él.)

GONZALO. (Preocupado y aparte.) Se acabó: me temé. Ya no querrá leer los nombres de los barcos, ni separarse de su mujer.

LUIS. (Registrándose los bolsillos.) ¡Ah!

GONZALO. ¿Eh?

LOS OTROS. ¿Qué pasa?

LUIS. Que tengo que volverme inmediatamente á Bilbao.

SIMON. ¿Pues y eso?

LUIS. Una cartera con documentos importantes que me he dejado en la fonda.

GONZALO. Pero... ya no podrá usted volver hasta mañana.

LUIS. No importa... se trata de valores de sumo interés... (A Toribio.) Haga usted el favor de prevenir á mi esposa... no puedo perder ni un momento. (Vase con Toribio.)

GONZALO. (Aparte con alegría.) Se va. Deja á su mujer por la cartera... Es hombre al agua.

ESCENA XIII

GONZALO y DON SIMÓN; luego TORIBIO

GONZALO. (¡Sola! Toda una noche...)

SIMON. ¡Ea! ahora me consagro á usted y ya no le suelto.

GONZALO. (Aguarda un poco. Empeceamos por desembarazarnos de éste.)

SIMON. Véngase usted conmigo á la playa, y veremos cómo hace la plancha mi mujer.

GONZALO. (Ahora te daré yo una mano de plancha.) (Alto y fingiéndose inquieto.) ¿Cómo? ¡Desgraciado! ¿La deja usted bañarse á esta hora?

SIMON. ¿Que mal hay en ello?

GONZALO. Que es también la suya.

SIMON. La suya, ¿de quién?

GONZALO. ¡De ese infame; del rubio... del merengue!

SIMON. ¡Ah! ¿está en Motrico?

GONZALO. Hemos llegado juntos.

SIMON. ¿Y es él quien ha dicho...?

GONZALO. Que á las ocho en punto se zambullía.

SIMON. ¿En el mar? ¿en las mismas aguas que ella?... voy á ponerme el traje de baño...

GONZALO. Y á ejercer la vigilancia submarina... vaya usted... vaya usted... (Vase don Simón.) Por fin me deja libre... ¡Sola! ¡Qué buena fué mi inspiración de guardarme la llave!

TORIBIO. (¿Pensará éste pernoctar aquí?) Caballero...

GONZALO. (Aparte, sin hacerle caso.) Pero para introducirse por la noche en una cámara conyugal, hay que ser un Tenorio, un ladrón ó un sonámbulo... ¡Ah! ¡Sí! Sonámbulo. Mi elección está hecha. (Volviéndose para contestar á Toribio.)

LOS DOS. Caballero... (Mirándose en silencio.)

TORIBIO. ¿Recuerda usted si nos hemos encontrado en tranvía en Martes de Carnaval?

GONZALO. No, señor. Yo no voy en tranvía más que los Viernes de Cuaresma. (Vase.)

TORIBIO. Pues tampoco es él... Y sin embargo... (Viendo á Adriana que sale de su cuarto.) Y bien, señora; ¿qué cuarto se reserva usted de los dos?

ESCENA XIV

TORIBIO; ADRIANA, que viene con una palmatoria encendida que aquél le toma y deja sobre una mesa.

ADRIANA. Prefiero éste.

TORIBIO. Entonces, como calculo que estará usted cansada, tengo el honor de darle á usted las buenas noches.

ADRIANA. Muy buenas.

TORIBIO. No pase usted miedo, porque yo personalmente, me encargo de echar la llave á la puerta de entrada. Que duerma usted bien. (Vase.)

ADRIANA. Lo mis no digo. Yo iré cerrando éstas. (Mientras ella cierra las puertas laterales y la ventana, se ve aparecer por la de escape á Gonzalo con los ojos muy abiertos y la mirada fija, con una palmatoria encendida en una mano, y la otra extendida en la actitud de un sonámbulo.)

ESCENA XV

ADRIANA y GONZALO

GONZALO. (Audacia y á ello.) (Tarareando *La Sonámbula*.) Tra... la... la... rá...

ADRIANA. (Volviéndose y dando un grito.) ¡Ah!

GONZALO. (Gritando á su vez.) ¡Ah! (Se alejan uno de otro.) ¿Quién me despierta así tan bruscamente? ¿Qué es esto?... ¿En dónde estoy?

ADRIANA. (Emocionada.) Pues... en mi cuarto.

GONZALO. ¿En su cuarto de usted?... Es verdad... Señora... Estoy confundido. Me dormí en una butaca... y soñando, sin duda, con esta habitación que fué mía...

ADRIANA. Se ha vuelto usted á ella... á pesar suyo... en un acceso de sonambulismo.

GONZALO. Precisamente. ¡Oh! ¡Qué deplorable enfermedad! Y es casi de nacimiento; á los cinco años, ya sonambulizaba yo.

ADRIANA. (Sonriendo.) ¡No; eso no!

GONZALO. ¿Que no?

ADRIANA. A los cinco años se empieza ya á mentir si se tienen aptitudes; pero no con el aplomo que hoy admiro en usted.

GONZALO. Usted no me conoce, señora.

ADRIANA. Más de lo que usted imagina.

GONZALO. ¿A mí, á quien la casualidad ha puesto en su camino?

ADRIANA. A usted, que llama casualidad á una persecución hábilmente organizada. (Sonriendo.) ¿Quiere usted que le dé su filiación con la exactitud de un pasaporte?

GONZALO. ¿A ver?

ADRIANA. Gonzalo Mendoza, veintiocho años, soltero..

GONZALO. ¿Profesión?...

ADRIANA. Profesión agradable, lucrativa y que no exige fondos: amante general y colectivo de todas las mujeres casadas.

GONZALO. (Me caló.)

ADRIANA. Usted es de los que dicen, y hasta creo que lo ha escrito usted en alguna parte, que el mayor encanto de la mujer casada es el marido. ¿Verdad?

GONZALO. (Con fuego.) Pues bien, sí. Hasta hoy he pertenecido á esa escuela... he profesado esos principios monstruosos; pero en el caso presente... se lo juro á usted por el honor de su marido, no es él lo que en usted me seduce, es usted misma, usted sola.

ADRIANA. ¿De veras?

GONZALO. ¡Ah, sí!... Usted me cree. Hay algo en esa mirada que parece balbucear: «Gonzalo no me engaña: Gonzalo, que mintió siempre, ha venido á decir su primera verdad en Motrico.» ¡Oh! no ser usted libre... no ser viuda...

ADRIANA. ¡Caballero!

GONZALO. Pruebe usted, inténtelo, y á los diez meses legales, ni un día más, pongo á sus pies mi nombre, mi fortuna y mi corazón rehabilitado por usted.

ADRIANA. (Separándose.) Reflexione usted que si yo fuera libre, haría un mal negocio casándose conmigo, porque perdería usted cien mil duros.

GONZALO. ¿Eh? ¿Qué enigma es ese?

ADRIANA. Ya le he dicho á usted que le conocía á fondo. Acabo de llegar de Cuba, en donde tiene usted un tío y una prima.

GONZALO. Efectivamente; debo tener por allí algo parecido á eso. ¿Los trataba usted?

ADRIANA. Mucho.

GONZALO. Es usted más feliz que yo, que ni siquiera me carteo con ellos. ¿Y están bien? Mi prima ha debido casarse ya.

ADRIANA. Un año antes de morir su tío.

GONZALO. ¡Ah! ¿Murió?

ADRIANA. Dejando á su sobrina toda su fortuna.

GONZALO. ¿Toda? ¿Mi parte también?

ADRIANA. También.

GONZALO. ¡Vaya con él... tío! ¿Y ella es feliz en su matrimonio?

ADRIANA. Es viuda.

GONZALO. Sinónimos.

ADRIANA. Viuda y sola, se cree desgraciada con esa fortuna que debió compartir con usted, y busca en vano el medio de restituírsela sin herir su delicadeza, porque no hay más que uno, y ese es muy expuesto.

GONZALO. ¿Cuál?

ADRIANA. Tenderle á usted la mano que le puede enriquecer.

GONZALO. ¿Cómo? ¿Casarse conmigo?

ADRIANA. Así me lo decía al despedirse, y sus ojos parecían añadir: «Si por casualidad le encuentras, hazle saber que guardo intacta su parte de la herencia, y que de él sólo depende rescatarla.»

GONZALO. ¡Cien mil pesos! ¡Qué alegría!... ¡Un fortunón!

ADRIANA. ¿Accede usted?

GONZALO. ¿Yo? ¡Jamás! Salto de gozo porque puedo sacrificarle á usted quinientas mil pesetas.

ADRIANA. ¿Qué es eso? (Oyendo sonar una campana.)

GONZALO. ¡Llaman!

ADRIANA. Para arriba tal vez.

GONZALO. (Aparte.) ¡Que sospecha! Si fuese...

TORIBIO. (Dentro.) ¿Quién?

LUIS. (Dentro.) Soy yo... el inquilino del bajo.

GONZALO. ¡Justo!

ADRIANA. ¡Mi marido!

GONZALO. ¡Era un lazo!

ADRIANA. Es usted perdido... Yo me voy.

GONZALO. (Recobrando su serenidad.) Tranquílcese usted... Conozco ese ardid de guerra. Es un recurso de pacotilla.

ADRIANA. Pero en fin... ¿Qué partido piensa usted tomar?

GONZALO. (Con aplomo.) No hay que apurarse... ¿Qué profesión tiene su marido de usted?

ADRIANA. (Inventando una.) Dentista. (Vase al cuarto.)

ESCENA XVI

GONZALO y LUIS

GONZALO. (Llevándose la mano á la mandíbula.) ¿Dentista? ¡Demonio! Le hubiera preferido pastelero. Afortunadamente conservo la llave de esta puerta... (Se dirige á la alcoba, abre la de escape y se encuentra frente á frente con Luis.)

LUIS. (Tranquilo y grave.) ¿Qué se le ofrece á usted?

GONZALO. Nada concerniente al oficio.

LUIS. ¿Podría usted explicarme su presencia en este cuarto?

GONZALO. (Aparte, queriendo tomar la palmatoria para volverse á fingir sonámbulo.) ¡No! esto ya no me sirve. ¡Ah! (Alto.) Sí, señor; mis gemelos que me había dejado aquí. (Los toma.)

LUIS. ¿Los gemelos?

GONZALO. Vaya, que duerma usted á gusto. (Luis le impide la salida.) No; están todas sanas. (Abriendo la boca.) Dos hileras de perlas. No... no saque usted los instrumentos. (Viendo que Luis se registra los bolsillos.)

LUIS. Dispense usted. (Sacando un libro de memorias y leyendo.) «Vártes en Santander, el señor Meudoza le ha hecho el oso á mi mujer.»

GONZALO. ¡Ah! ¿esos son versos?

LUIS. «Miércoles, en el vagón, ha besado el ramillete de mi esposa, mientras yo contemplaba el paisaje.»

GONZALO. (¡Demonio!)

LUIS. «Jueves, en Bilbao, cuando el ómnibus nos llevaba de la estación á la fonda, el susodicho señor se ha quedado con un guante de mi consorte.»

GONZALO. Pero...

LUIS. (Guardándose el libro.) Finalmente: aquí, hace poco, en tanto que yo leía el nombre de un vapor, usted le ha estado diciendo impertinencias á mi señora.

GONZALO. (¡Todo lo ha visto!) ¿Lo ha visto usted todo?

LUIS. Todo.

GONZALO. ¿Sabe usted que eso es una indiscreción de una índole muy poco delicada?

LUIS. Calma, calma.

GONZALO. ¿De modo, que era para sorprenderme aquí para lo que imaginó usted esa comedia, con acompañamiento de papeles interesantes?

LUIS. Cabal.

GONZALO. Al menos, es usted franco. (Exaltándose.) Pues yo también lo soy, y llevo mi franqueza hasta la brutalidad, hasta el cinismo. ¡Ea! Estoy enamorado de su mujer de usted.

LUIS. Tiene usted buen gusto.

GONZALO. (Aparte.) ¿Se burla de mí? (Alto y cerrando los puños y rechinando los dientes.) Pero es que la amo hasta el punto de que con la esperanza de casarme con ella, hago los más ardientes votos para que reviente usted cuanto antes. ¿No le gusta á usted la franqueza? Pues tome usted franqueza.

LUIS. ¿Y se atreve usted en mi cara...?

GONZALO. Sí, señor. No le envío emisario, y ahora mismo daría todo cuanto poseo por el acta de defunción de usted.

LUIS. Está usted servido. (Dándole solememente un papel y yéndose al cuarto contiguo.)

GONZALO. ¿Eh? ¿qué? (Dudando.) ¿Qué nueva emboscada se me tiende? (Leyendo.) «Extracto mortuario de Andrés González...» ¡Imposible! ¡Yo sueño! Salimos de la realidad para entrar en la magia.

ESCENA XVII

GONZALO y LUIS; ADRIANA, que se resiste ruborosa á obedecer á Luis.

LUIS. Ven, Adriana, ven. Y usted, caballero, cumpla como tal, devolviendo la honra á esta señora, á quien ha comprometido usted con sus imprudencias.

GONZALO. ¿Qué yo devuelva á esta señora...? ¿á la de usted?... Este hombre divaga.

LUIS. Se casará usted con ella.

GONZALO. ¡Ojalá! Pero eso está prohibido por las leyes.

ADRIANA. No, Mendoza. Yo no me juzgo comprometida en manera alguna por su acceso, de... sonambulismo. Usted no me debe nada; soy yo, por el contrario, quien le es deudora de su parte en la herencia de nuestro tío. (Dándole una carterita.)

GONZALO. ¿Eh?... ¿que dice usted?... (Con júbilo.) ¿Usted mi prima?... pero... si es usted viuda... este señor...

LUIS. (Riendo.) Luis González, hermano del marido de...

GONZALO. ¿Hermano de Andrés? ¿Del muerto? ¡Excelente hombre! ¡Habrá que erigirle algo! ¡Prima mía! La mano; no, las dos... (Arrojándole la cartera á Luis.) Quítame usted este estorbo. ¡Oh, qué felicidad!

ESCENA XVIII

DICHOS y TORIBIO; DON SIMÓN, en traje de baño y envuelto en una sábana.

TORIBIO. ¡No entre usted así... se lo prohibo!

SIMON. ¡Déjeme usted en paz!

TODOS. ¡Ah!

SIMON. (A Gonzalo.) Noticia grata: mi mujer estaba sola en el baño. He registrado ola por ola, y ni huella del rubio.

GONZALO. ¿Y á mí qué me cuenta usted?...

SIMON. ¿Usted me dijo...?

GONZALO. Yo no sé nada, sino que me caso con ella.

SIMON. ¿Con quién?

GONZALO. Con esta señora.

TORIBIO. ¿Con la mujer de mi inquilino?

GONZALO. Justo: con la esposa de este caballero. Es muy largo de explicar.

TORIBIO. ¡Ah!... ¿Usted ha estado de cocinera en la calle del Turco?

GONZALO. No, señor; es una hermana mía.

SIMON. ¡La de los calcetines!

TODOS. ¡Já! ¡já! ¡já!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Gabinete elegante en casa de Adriana. Puertas laterales y al foro. Un balcón en segundo término izquierda, delante del cual habrá una escalera de mano con unos cortinajes encima.

ESCENA PRIMERA

DON SIMÓN y UN CRIADO

CRIADO. ¿A quién debo anunciar?

SIMON. Diga usted que está aquí don Simón, el amigo íntimo de su amo de usted, á quien no he visto desde el día de la boda. ¿Hace mucho que han vuelto de viaje?

CRIADO. Llegaron anoche.

SIMON. Buenos, ¿eh? Me alegro. Yo también. Un baño de mar que tomé hace tres meses, me ha echado tapas y medias suelas... Conque... ¿Dónde está Gonzalo?

CRIADO. El señor ha salido, pero prevendré á la señorita. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA II

DON SIMÓN. Luego ADRIANA, por la primera de la derecha. Detrás de ésta EL CRIADO, que hace mutis por el foro.

SIMON. ¡Excelente amigo! Su primera visita ha sido para mí. ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Ojalá que su luna de miel sea eterna, como la mía!

- ADRIANA. (Saliendo con un ramillete en la mano.) ¡Qué sorpresa tan agradable! ¿Cómo va?
- SIMON. Bastante bien. A usted no se lo pregunto; tiene usted unas rosas por mejillas que avergüenzan á las de ese ramo.
- ADRIANA. Siempre tan galante. (Deja el ramo sobre el velador.) Es un regalo que acabo de recibir.
- SIMON. La prueba usted el matrimonio; se ha rejuvenecido usted de veinte años.
- ADRIANA. (Sonriendo.) ¿Tanto?
- SIMON. Se ve que el regimen es eficaz. También á mí los baños de mar me sientan admirablemente.
- ADRIANA. Hemos hecho un viaje delicioso.
- SIMON. Por las orillas del Rhín... Ya lo he sabido.
- ADRIANA. En fin, ya estamos en casa. Y la señora, ¿buena?
- SIMON. Es original. Acaba usted de decir eso lo mismo que Gonzalo; me parecía estarle oyendo. No va mal, gracias. ¿Han llegado ustedes ayer?
- ADRIANA. Sí, y no. Estamos de regreso desde hace ocho días; pero toda esta semana se la hemos consagrado á una amiga mía de la niñez, que vive en El Escorial, de donde regresamos anoche. Ya lo ve usted, estamos á medio instalar. Las cortinas todavía no se han puesto, y hace una hora, aún todavía no tenía camarera.
- SIMON. Como nosotros. Despedimos á la nuestra hace una semana.
- ADRIANA. (Sentándose é invitando á hacer lo propio.) La mía se ha quedado en el camino; se fugó en Barcelona con un torero.
- SIMON. No me sorprende. En este instante hay en Madrid una epizootia de criadas... Pues á la nuestra no le da por los cuernos; pero la he tenido que poner en el arroyo, porque había tomado la mala costumbre de recibir en su cuarto al inmemorial del Rey.
- ADRIANA. ¿Al inmemorial del Rey?
- SIMON. Sí; al regimiento número uno, representado por un cabo de gastadores.

ADRIANA. ¡Ah!... Ya...

SIMON. A mí ya empezó por extrañarme que se pasara el día cantando; pero me dije: «¡Bah! Señal de que está contenta.»

ADRIANA. Si no hubiera sido más que eso...

SIMON. Me hubiera importado poco. Pero, tras un detenido estudio de sus canciones, eché de ver que el repertorio era exclusivamente militar.

ADRIANA. Se explica.

SIMON. Resuelto á vigilarla, entré furtivamente en mi domicilio una tarde que ella se creía sola, y la sorprendí delante del armario de espejo de mi mujer, probándose un capote del cabo.

ADRIANA. Algún botón que le estaría reforzando á un primo suyo.

SIMON. Cabal. Ese fué el pretexto.

ADRIANA. Esas mujeres siempre tienen primos.

SIMON. Además de los amos. Unos días después, en un entre-acto, dejo á mi mujer en Apolo y me dirijo á mi casa. No hago más que abrir la puerta, y me oigo cantar á dúo aquello de: (Tarareando una canción militar.) Avanzo de puntillas, y me encuentro en el comedor á Ramona con el cabo, comiéndose los resíduos de una pierna de carnero que al instante reconocí por mía.

ADRIANA. ¡Qué audacia!

SIMON. Excuso decirle á usted, que al día siguiente le dí pasaporte, no tanto por el cabo mismo, sino por los cuatro hombres que suelen venir siempre detrás del cabo.

ESCENA III

DICHÓS y GONZALO; después EL CRIADO; luego EL TAPICERO.

Todos por el foro.

GONZALO. ¡Cómo! ¿Está aquí? ¡Mi buen amigo! ¡Mi querido don Simón! (Abrazándole.)

SIMON. ¡Gonzalo! Esta acogida me conmueve.

GONZALO. ¿La señora, buena?

SIMON. Me lo esperaba. Sin novedad.

GONZALO. ¿Y usted?

SIMON. Como nunca. Aquel baño de mar que tomé en Motrico, me sentó de una manera admirable, tanto, que el año que viene pienso tomar otro.

GONZALO. Cuidado... No hay que buscar... ¡Ah! ¡Andrés! (Llamando al Criado.)

ADRIANA. ¿Quieres algo?

GONZALO. Hacer que le lleven estas facturas á Julián.

SIMON. ¿Qué Julián? ¿Aquel joven que fué con usted á...? ¿Está aquí?

GONZALO. Es mi apoderado, porque... ¿No sabe usted? Me he hecho comerciante.

SIMON. ¿De veras?

GONZALO. Estoy asociado con Luis, con el hermano político de Adriana, que ha vuelto á Cuba... (Viendo al Criado que aparece.) ¡Ah! Dele usted esto al señorito Julián. (Dándole las facturas)

CRiado. Ahí está el oficial de tapicero que pregunta si puede acabar de poner las cortinas.

GONZALO. Sí, que entre. (Vase el Criado.)

ADRIANA. (Sentándose á trabajar en un bordado que toma de encima de un mueble.) ¿Usted permite?

GONZALO. Don Simón es de casa. ¿Y la señora, bien?... Es verdad, que ya se lo he preguntado á usted.

SIMON. (Aparte á Gonzalo.) Con que de la cofradía, ¿eh? Cuidado ahora con los discípulos que haya usted dejado por ahí.

GONZALO. (Aparte á don Simón.) No hay miedo. El hombre fogueado como yo, no teme nada. Por mucho que sepan mis alumnos, aún les queda bastante que aprender del maestro.

ADRIANA. ¿Qué hacen ustedes ahí tan retirados?

SIMON. Nada... (Mirando la labor.) ¡Precioso pañuelo! Mi mujer se dedica con preferencia á las zapatillas y á los tirantes. Precisamente, el primer día que Gonzalo vino á casa, me estaba bordando estos que llevo puestos hoy. (Haciéndolos ver por la avertura del chaleco.)

GONZALO. (Fijándose en el ramo que dejó Adriana sobre el velador.) ¿Qué... flores son éstas?

ADRIANA. Un regalo que me mandó Matilde desde El Escorial.

GONZALO. ¡Ah! ¿Esto viene... del Escorial? (Dando vueltas al ramo con recelo.)

SIMON. (Aparte.) ¿Qué le pasa?

GONZALO. (Aparte, preocupado.) (En mis tiempos, cuando yo le enviaba ramos á la mujer del promotor, siempre era de parte de una amiga.) (Alto.) ¿Y quién lo ha traído?

ADRIANA. Josefina.

GONZALO. ¿Qué Josefina?

ADRIANA. La camarera que me ha procurado Matilde y que llegó poco después de salir tú.

GONZALO. ¡Ah! ¿Ella viene también del Real Sitio? ¿De la misma procedencia que esto? (Aparte, reflexivo.) Es raro; una camarera de El Escorial... que trae un ramo de El Escorial... (Separando las flores para ver si hay algo dentro.)

SIMON. (Aparte observándolo.) (¡Qué jaleo lleva!) (El Criado introduce al Tapicero y se va.)

ADRIANA. Por fin... las cortinas. (A Gonzalo.) ¿Quieres ver?

GONZALO. Sí. (Volviéndose) Puede usted empezar á... (Aparte reparando en el Tapicero que sube en la escalera y se dispone á trabajar.) ¿Qué joven es... y qué rizado tiene el pelo!...

ADRIANA. ¿Dices algo?

GONZALO. No... (Aparte sin dejar de mirarle.) Me acuerdo, que cuando yo tomé este disfraz en la plazuela de Antón Martín...

SIMON. (Aparte.) (Ahora se queda embobado con las cortinas...)

ADRIANA. ¿Qué tienes?

GONZALO. Nada, absolutamente nada. (Aparte.) (También hay tapiceros de verdad.) (Alto y volviéndose á fijar en el ramo que tiene en la mano.) No sabía que hubieses tomado otra camarera. Como no me lo has consultado, ni me la has hecho ver...

ADRIANA. Ni siquiera se me ha ocurrido. Comprenderás que yo soy la más interesada en escogerla á mi gusto; porque... después de todo, ella ha de estar más conmigo que contigo.

SIMON. Tiene razón.

GONZALO. En fin... Si te han dado buenos informes...

ADRIANA. Matilde no sabe más sino que es prima de su criada, con la que ha ido á pasar unos días en El Escorial. Pero no había otra á mano. Dicen que es inteligente y trabajadora; y por las trazas... Ya la verá. Es una mocetona, alta, fornida...

GONZALO. ¡Fornida! (Receloso.)

ADRIANA. (Siempre sentada y trabajando.) Y que demuestra interés por complacerme y por permanecer el mayor tiempo posible á mi servicio.

GONZALO. ¡Por supuesto! ¿Lavará también mis calcetines?

ADRIANA. (Extrañada.) ¿Qué?

SIMON. ¡Ya! (Levantándose de un brinco de la silla en que estaba sentado.)

GONZALO. Es que hay algunas que no quieren.

SIMON. (Aparte á Gonzalo riendo.) *Verbi-gratia*: La de la calle del Turco. (El Tapicero clava un clavo en la pared; Gonzalo, que examinaba el ramo, se vuelve al ruido.)

ADRIANA. (Tapándose los oídos.) ¡Oh! Más flojo...

SIMON. ¡Eh! No pegue usted tan fuerte. Modere usted ese martillo.

GONZALO. (Aparte á don Simón.) (¿No le parece á usted que este tapicero clava los clavos... de una manera muy original?)

SIMON. No... ¡Quiá! (Aparte.) (Ahora le toca á él el turno.) LA COLA DE PAJA...

GONZALO. (Aparte siguiendo su idea.) (Yo hacía aún peor; me pegaba en los dedos.) (Mientras habla, acaba por deshacer el ramo, desparramando las flores sobre la mesa.)

SIMON. (Aparte acercándosele.) (Busca, busca.)

GONZALO. (Sorprendido.) ¿Eh?

SIMON. (Aparte á Gonzalo riendo.) ¿No hay nada? ¿Ningún billete?

GONZALO. (Aparte á don Simón.) ¡Cómo! ¿Qué quiere usted decir? ¿Un billete? ¿Usted sabe algo?

TAP. ¡Ay!

GONZALO. (Volviéndose al grito.) ¿Qué ha sido?

TAP. Nada, señor, que me he dado un martillazo...

GONZALO. ¿En los dedos? (Aparte.) (Por fuerza... Si no podía fal-

tar.) (Alto.) Mire usted... Deje usted eso y dígame usted al maestro que venga él mismo.

ADRIANA. Pero con la prisa que hay...

GONZALO. (Al Tapicero.) El maestro en persona. (A los otros.) ¡Ea! Que quiero al maestro.

SIMON. (Aparte.) (Se le antojan los dedos huéspedes.)

TAP. Buenas tardes... (Vase por el foro.)

GONZALO. Páselo usted bien. (Aparte.) (Estoy seguro de que es inocente; pero no importa: tiene el pelo muy rizado.)

ADRIANA. (Levantándose.) Verdaderamente no me explico... (Viendo el destrozo de las flores.) ¡Oh! ¡Qué atrocidad! Me ha deshecho el ramo...

GONZALO. Espera; te lo voy á reconstruir. (Recogiendo precipitadamente las flores, y haciendo con ellas un paquete informe que atando vueltas al bramante en todos sentidos.) Ya está. Toma.

ADRIANA. (Incomodada.) Guárdatelo tú; yo no tomo ese adefesio.

SIMON. (Aparte cogiendo el sombrero.) (¿Un chubasco conyugal? Yo no me los permito fuera de mi casa...) (Alto.) Vaya. . . Hasta la vista.

GONZALO. Aguarde usted y saldremos juntos. (A Adriana.) Cálmate, tontuela, te voy á traer otro.

ADRIANA. Es inútil.

GONZALO. Otro más grande. Verás... Yo sé dónde los venden. (Aparte á don Simón.) Donde compraba los míos.

SIMON. (Aparte á Gonzalo.) ¿Para el relator?

GONZALO. (Aparte á don Simón.) No; para su mujer.

SIMON. (Aparte á Gonzalo.) Granuja. (Vanse del brazo.)

ESCENA IV

ADRIANA; JOSEFINA, por la primera de la izquierda.

ADRIANA. ¡Qué lástima! ¡Pobres flores! Con tanto cuidado que me las había traído Josefina... (Reflexionando.) Y en verdad, que tiene razón Gonzalo. Apenas he visto á esa muchacha... (Toca el timbre.) La he tomado sin otros informes que los que me dió la criada de Matilde, y conviene preguntarle... ¡Ah! Aquí está.

JOSEFINA. (Saliendo con la falda de un vestido de baile en una mano, y el cuerpo en la otra.) ¿Llama la señorita?

ADRIANA. Sí.

JOSEFINA. Estaba acabando de colgar los vestidos y de poner el corchete que faltaba en este cuerpo. ¡Vaya un talle que tiene la señorita! (Redondeando el cuerpo para darle forma.)

ADRIANA. ¡Bah! (Repasando el traje.)

JOSEFINA. Es que yo salgo de una casa en que la señora medía noventa y cinco, y la apretaba yo poniéndole la rodilla...

ADRIANA. Y á propósito. No hemos hablado aún de las casas en que ha servido usted. Indíqueme usted siquiera la última.

JOSEFINA. (Aparte.) (¿La última? ¿La de don Simón? Cualquier día. Para que le cuente lo del cabo...) (Alto.) Yo vengo ahora de Zaragoza, señorita.

ADRIANA. ¡Ah! ¿De Zaragoza!... Vamos á probar este cuerpo. Cuando una vuelve de viaje, se encuentra con que no la sienta ningún vestido.

JOSEFINA. Sería lástima, porque es precioso. (Deja el cuerpo para ayudar á quitarse el que lleva Adriana, que se queda en cachecorset.)

ADRIANA. ¿Con que no estaba usted en Madrid? ¿Viene usted de Zaragoza?

JOSEFINA. Bonita ciudad, con un hermoso cuartel de Infantería. Mis años vivían casi enfrente, y todas las mañanas me despertaban los tambores del inmemorial... (Corrigiéndose) digo, del regimiento de Saboya, número seis. ¡Plan!... ¡rataplán!... El regimiento más lucido de España.

ADRIANA. ¿Sí?

JOSEFINA. Como Infantería. Porque antes estuve en Valencia, mi país natal, donde habitábamos en un *chalet* del camino del Grao, á dos pasos del cuartel de Caballería. Y había que oír aquella diana de clarines de los lanceros de Villaviciosa. ¡Tra... tara... ta... trá!... El regimiento más lucido de España.

ADRIANA. Como Caballería esta vez.

JOSEFINA. Naturalmente. (Yendo á tomar el cuerpo.)

ADRIANA. (Aparte reparando su manera de andar.) Su paso se resiente aún de la vecindad; pero, en fin, si cumple con su obligación...

JOSEFINA. (Poniéndole el cuerpo á Adriana.) ¡Qué soberbios jinetes! Y sin embargo, para mi gusto... Porque debo advertir á la señorita que mi amo era Presidente de Sala, y lo trasladaron á Barcelona, á donde me llevó consigo.

ADRIANA. ¿Y vivían ustedes también cerca...?

JOSEFINA. Del quinto montado de Artillería. ¡Cómo montaban aquellos hombres! ¡Era el regimiento...!

ADRIANA. Más lucido de España. Veo que, para tomar informes, tendré que dirigirme á los tres coroneles.

JOSEFINA. La señorita bromea. (Por el cuerpo.) Esto no ajusta.

ADRIANA. ¡Qué atrocidad! Desabrócheme usted.

JOSEFINA. Ha debido engordar la señorita en el viaje.

ADRIANA. Ande usted... que no puedo respirar.

ESCENA V

DICHAS; GONZALO, por el foro.

GONZALO. (Entrando de repente con un ramo en la mano.) ¡Vamos! Aquí tienes otro...

ADRIANA. ¡Ah! (Dando un grito.)

JOSEFINA. (Cubriendo á Adriana con su cuerpo.) No se puede entrar.

GONZALO. (Cambiando su alegría en recelo.) ¿Y por qué no se puede? ¿Estorbo acaso?

ADRIANA. No me he llevado mal susto... (A Josefina.) Es mi marido... (Vistiéndose.)

JOSEFINA. (Separándose.) ¡Ah! En ese caso, no debo privar al señor de su derecho.

GONZALO. (Bajo á su mujer, casi por señas, y desde lejos, clavado en el sitio.) ¿Es...?

ADRIANA. Josefina, mi nueva camarera.

GONZALO. ¡Qué grande!

ADRIANA. ¿Cómo?

GONZALO. La enuentro... grande.

ADRIANA. (Riendo.) ¡Vaya una ocurrencia! ¿Qué estatura tiene usted, Josefina?

JOSEFINA. (Con vanidad.) Uno setenta y cinco.

GONZALO. (Aparte.) (La talla exigida para la Escolta Real.) (Alto) ¿Te estaba abrochando cuando yo entré?...

ADRIANA. Pasé un miedo... ¿Me has oído gritar?

GONZALO. Sí; y en tí se explica... pero ella... Estaba más conmovida que tú.

ADRIANA. No reparé...

GONZALO. (Aparte.) (¡Oh! ¡Mi recuerdo de la calle del Tureo!... (Mientras habla, va arrancando las flores del ramo.) Yo también le ponía el corsé á la mujer de don Toribio...)

ADRIANA. ¿Pero por lo visto, les has declarado guerra á muerte á mis flores? (Fijándose en las que hay por el suelo.)

GONZALO. Estaban mal atadas. (Deja el resto del ramo sobre la mesa.)

ADRIANA. Recoja usted eso, Josefina, y acabe usted de coloeear mis vestidos en el ropero.

GONZALO. (Aparte.) (¡En el ropero! Allí la sorprenderé en algún renuncio.) (Bajándose al mismo tiempo que Josefina para recoger las flores y mirándose recíprocamente, él con recelo y ella inquieta.)

JOSEFINA. No se moleste usted, señorito... (Aparte.) (¡Cómo me mira!)

GONZALO. Ya está... Puede usted retirarse.

JOSEFINA. Y mi cazo que vendrá á las cinco... Me pondré de guardia. Flaneo derecha... mar... (Se va por la primera puerta izquierda, llevándose el vestido de su señora. Gonzalo, que ha sorprendido é imitado su movimiento militar, la sigue de puntillas.)

ESCENA VI

ADRIANA y GONZALO; luego JULIÁN, por el foro.

ADRIANA. (Volviéndose.) ¿A dónde vas?

GONZALO. (Cambiando de dirección al verse sorprendido.) A la calle.

ADRIANA. ¡Cómo! ¿Sales otra vez?

GONZALO. Sí... Unas órdenes que he recibido de Cuba...

ADRIANA. Reniego de los negocios.

GONZALO. Pronto vuelvo. Mira, precisamente aquí viene Julián. El te hará compañía.

JULIAN. (Saliendo con cartas.) El correo, Gonzalo... (Reparando en Adriana y aparte.) ¡Ah!

GONZALO. Luego lo abriré. Tengo que ir á... Entretén á Adriana. Hasta luego, mujercita mfa. No tardo.

JULIAN. (Aparte emocionado.) (Me deja solo con ella...)

GONZALO. (Hay que saber á qué atenerse sobre esa joven de un metro setenta y cinco.) (Finge marcharse por el foro, y vuelve de puntillas, desapareciendo por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VII

ADRIANA y JULIÁN; luego JOSEFINA, y después GONZALO

ADRIANA. Es imposible un marido comerciante; nunca está en casa. (Volviéndose.) ¿Qué tiene usted Julián? ¡Ah! Comprendo. Comparte usted con Gonzalo sus preocupaciones; los negocios le absorben á usted también la atención.

JULIAN. (Muy turbado.) Sí, señora... los negocios...

ADRIANA. Es poco risueño el estar rodeada de gente así.

JULIAN. (Tomando ánimos) Pues de usted nada más depende el que esto cambie. Gonzalo es lo suficientemente rico para no necesitar del comercio, y yo, en cuanto él se retire, podré dejar esta casa, en la que mi presencia la entristece á usted.

ADRIANA. ¿Abandonarnos? ¿Y por qué motivo? ¿No puede usted permanecer con nosotros sin estar taciturno? Los guarismos no inspiran gran alegría, convengo en ello; pero nada impide que los olvide usted á ratos; al menos cuando esté usted conmigo.

JULIAN. ¡Oh! No, señora; al lado de usted es cuando necesito pensar más en ellos.

- ADRIANA. No peca usted de galante. (Julián se aleja de ella despechado consigo mismo.)
- JOSEFINA. (Aparte saliendo furtivamente por la segunda izquierda.) Las cinco. Lorenzo debe esperarme ya en la portería... (Se va de puntillas por el foro.)
- JULIAN. (Volviendo al lado de Adriana.) Pues bien... óigame usted, porque esto es ya demasiado sufrir.
- ADRIANA. ¿Qué significa esa turbación?
- JULIAN. Esta turbación es la misma que experimenté cuando, al encontrarme con usted en Motrico, me puse á temblar y me eché á correr no sabiendo qué decir.
- ADRIANA. No comprendo.
- JULIAN. Usted no puede ni debe comprenderme, porque esta insensata pasión que tengo vergüenza de confesarme á mí mismo... (Callándose al ver á Gonzalo y fingiendo no reparar en él.)
- GONZALO. (Saliendo de puntillas por la segunda de la izquierda.) Ha bajado á la portería...
- ADRIANA. (Yendo á él.) ¡Ah!... ¿Eres tú, Gonzalo?
- GONZALO. Sí... Busco mi sombrero... Mírale... No os molestéis por mí. Continúad. (Vase por el foro.)
- JULIAN. Ya lo ve usted. Esa misma confianza me vuelve más culpable á mis ojos. ¡Oh! Se lo suplico á usted. Olvide usted esa revelación que se me ha escapado á pesar mío... Olvídelo usted todo, mi amor y mi ofensa.
- ADRIANA. Pero...
- JULIAN. Sea usted generosa aún. Obtenga usted de su marido el que me deje marchar sin otra explicación, sin obligarme á enrojecer en su presencia.
- ADRIANA. Lo intentaré... Sí; es preciso...
- JULIAN. Y ahora, Adriana, adiós y... perdóneme usted. (Arrojándose á sus pies.)
- ADRIANA. ¿Qué hace usted, Julián? (La puerta del foro, que cerró Gonzalo, se abre de pronto y aparece en ella don Simón, que retrocede, volviendo á entrar como si nada hubiese visto. Julián, entretanto, sin reparar en él, se levanta; pero Adriana, que notó su presencia, dice aparte conteniéndose.) ¡Ah! Don Simón.

SIMON. ¿No estorbo?

ADRIANA. ¿Usted? Nunca.

JULIAN. (Aparte.) No ha visto nada. (Saluda y vase por el foro.)

ESCENA VIII

ADRIANA y DON SIMÓN

SIMON. (Muy turbado.) De veras... Sentiría haber venido á estorbar...

ADRIANA. (Mirándole y soltando la carcajada.) ¡Já, já, já!

SIMON. ¿De qué se ríe usted?

ADRIANA. De la cara que usted pone. ¡Já, já, já!

SIMON. ¿Yo?

ADRIANA. No; hago mal... ¿Le ha visto usted?

SIMON. ¡Oh! Muy poco.

ADRIANA. ¿Arrodillado á mis plantas?

SIMON. Apenas.

ADRIANA. En fin; lo suficiente para ponerme en ridículo...

SIMON. ¿A usted? (Aparte.) (Más bien á Gonzalo. ¡Pobre! Un maestro tan ducho...)

ADRIANA. Sí, á mí que estaba muy ajena...

SIMON. La verdad es que... así... sin preparación, ver que le cae á usted un hombre á los pies, es para sublevarse...

ADRIANA. ¿Y qué hago yo ahora? Porque Julián no puede permanecer ni un momento más en esta casa; es preciso que Gonzalo se resigne á separarse de él. Pero para ello tendría que contarle lo ocurrido... y...

SIMON. ¡Bravo! Eso es lo derecho. Yo no conocía hasta el presente más que dos casos análogos en la historia antigua y moderna. Lucrecia, que habló demasiado tarde, y mi mujer que habló con antelación. Usted es la tercera y llega á punto.

ADRIANA. Sí; pero no sé cómo hacerlo. Decirle á mi marido: «¿Ves ese joven, tu amigo entrañable? Pues bien, me ama, se me ha declarado...» ¡Oh! Es muy duro... Yo no podré nunca.

SIMON. Tome usted ejemplo de mi esposa.

ADRIANA. ¿Qué hizo?

SIMON. Prevenirme por una persona de su confianza... Por Gonzalo.

ADRIANA. ¡Soberbio recurso! Esa revelación, ridícula en boca de la misma mujer, hecha por otro, por un señor respectable... (Mirándole.)

SIMON. Basta; no siga usted, comprendido.

ADRIANA. ¿Accede usted?

SIMON. Con alma y vida. ¡Es devolverle el favor!

ADRIANA. ¡Qué amabilidad! Cuente usted con mi reconocimiento... Siento pasos.

SIMON. Gonzalo sin duda que vuelve.

ADRIANA. Entonces le dejo á usted con él.

SIMON. Confíe usted en mí.

ADRIANA. Gracias. (Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA IX

DON SIMÓN; JOSEFINA, por el foro.

SIMON. ¡Ea! Manos á la obra. ¿Cómo me dió Gonzalo la noticia? ¡Ah! Sí... Recuerdo. Ya está ahí, en guardia. (Viendo abrir la puerta del foro. Se vuelve de espaldas.)

JOSEFINA. (Saliendo precipitadamente y mirando hacia dentro.) Le he hecho subir á mi cuarto que afortunadamente está arriba. Pero el señorito me acecha. Debe sospechar algo.

SIMON. (Dirigiéndose al foro.) ¿De regreso ya? (Reconociendo á Josefina.) ¡Eh! ¿Qué veo?

JOSEFINA. (Anonadada.) ¡Don Simón!

SIMON. ¡Ramona! ¡Mi criada! La del cabo.

JOSEFINA. Silencio, por Dios.

ESCENA X

DICHOS y GONZALO

GONZALO. (Aparte, entrando precipitadamente por el foro y quedándose oculto.) ¡Ah! ¡Aquí está!

SIMON. (A Josefina, sin ver á Gonzalo.) ¿Qué hace usted en esta casa?

JOSEFINA. Estoy aquí desde hace unas horas como camarera.

GONZALO. (Aparte.) (Don Simón la conoce.)

SIMON. ¿Y se ha permitido usted introducirse en este hogar bajo el supuesto nombre de Josefina?

GONZALO. (Aparte, alarmado.) (¿El supuesto nombre?)

SIMON. ¿Para proseguir en él, sin duda, la serie de sus desbordamientos?

GONZALO. (¡Sus desbordamientos!)

JOSEFINA. Más bajo... Se lo ruego á usted... Se lo suplico.

SIMON. Comprendo. ¿No quiere usted que sepan que forma usted parte integrante del regimiento inmemorial del Rey?

GONZALO. (¿Qué oigo?)

JOSEFINA. Una vez que se me ha presentado una buena proporción, no me la haga usted perder. ¡Me gusta tanto esta señora!...

GONZALO. (¡Qué cinismo!)

SIMON. Callaré para dar lugar á que pueda usted irse de aquí sin escándalo; pero no se deje usted sorprender, como la tarde aquella, con el uniforme puesto...

GONZALO. (¡Es un militar!) (Al apoyarse en una silla la derriba, los otros se vuelven al ruido.)

SIMON. ¡Eh! ¡Ah! ¡Es Gonzalo! ¡Caramba! ¡Qué pálido está usted!...

GONZALO. (Aparte.) ¿Pálido?... ¿Yo?... ¡Bah! (Aparte.) A ver si se hace traición... (Mirando sonriente á Josefina y á don Simón. Estos, á su vez, se contagian y acaban por soltar la carcajada.) La nueva camarera, don Simón. Josefina...

SIMON. (Aparte.) Ramona. Ramona la del cabo.

GONZALO. Mírela usted qué alegre y qué desarrollada. Debe usted tener una voz soberbia.

JOSEFINA. ¿Yo?

GONZALO. No digo que sea usted una Patti, pero debe usted saber algún cante flamenco. ¡Vamos! Arránquese usted de ahí...

- SIMON. (Aparte.) (Si conociera como yo su repertorio militar...)
- JOSEFINA. Pero señorito...
- GONZALO. Ande usted; lo que sepa.
- JOSEFINA. ¡Qué amo tan original! (Canta una canción.)
- GONZALO. (Aparte.) Voz de barítono. Ya estaba yo seguro.
- SIMON. Buen contralto.
- GONZALO. ¿Usted llama contralto á eso? Barítono con ribetes de bajo cantante. Bastante, basta. (Haciéndola callar.)
- SIMON. (Aparte á Gonzalo.) Quedémonos solos, -tengo que hablar con usted.
- GONZALO. (Aparte.) Va á hacerme la confidencia. (Se arranca un botón de la levita.) Josefina. Al entrar, me he enganchado con un mueble y se me ha soltado el botón. Cósamelo usted. Porque supongo que sabe usted pegar botones. (Dándole la levita y el botón.)
- JOSEFINA. No faltaba más...
- GONZALO. (Aparte.) (Uno del chaleco de don Toribio estuvo á punto de venderme en la calle del Turco.) (Alto.) Aquí mismo; en el *boudier* de mi mujer. (Haciéndola entrar en la primera de la izquierda.)
- JOSEFINA. Con permiso. (Vase.)
- GONZALO. (Aparte observándola.) No hay más que verla andar... Se va trabando con las faldas...

ESCENA XI

GONZALO y DON SIMÓN

- SIMON. (Aparte.) (Luego le revelaré los instintos marciales de la cocinera.) Empecemos por lo más urgente.
- GONZALO. (Aparte.) (Ahora nosotros.) (Sentándose junto á la mesa.) ¿Con que usted conoce á Josefina?
- SIMON. (Aparte, sentándose al otro lado.) (Ramona.) (Alto y con indiferencia.) Sí... guapa moza y... pródigamente dotada por la Naturaleza. (Aparte.) No sé cómo traer al terreno la cuestión. (Pausa.)
- GONZALO. (Aparte.) Elude el hablarme de ella.

SIMON. (Aparte.) Es difícil. (Tarareando algo que acompaña con los dedos sobre la mesa.)

GONZALO. (Cogiéndole por el brazo.) Don Simón. Yo le conozco á usted desde hace seis años. Fse tarareo no le es á usted familiar más que en las circunstancias solemnes de la vida. Don Simón; usted tiene algo grave que decirme.

SIMON. (Aparte.) Lo ha oído. (Alto.) ¿Sabría usted acaso?

GONZALO. Todo.

SIMON. ¿Ha descubierto usted?

GONZALO. Todo. (Cruzándose de brazos y mirándole de bito en hito.) Ya le he repetido á usted cien veces que nada puede escapar al hombre corrido como yo. Esa es mi desgracia.

SIMON. De modo que...

GONZALO. (Extendiendo las manos sobre la mesa.) Tengo las manos heladas... Estoy dando diente con diente...

SIMON. La emoción.

GONZALO. No, que me he quitado la levita. Sí; ese es mi castigo. Robé tanto el bien ajeno, que rico á mi vez, temo que alguien me robe mi tesoro. Veo ladrones por todas partes, y me pregunto; si en lugar de esta triste experiencia, no valdría más ser ciego y sordo como don Toribio. Él al menos es feliz; nunca ha visto nada. (Dejándose llevar.) Usted, don Simón, tampoco ha visto nada nunca.

SIMON. (Levantándose de un salto.) ¿Cómo que no he visto?... Yo no he tenido nunca nada que ver.

GONZALO. Dispense usted... Divago... El frío...

SIMON. Póngase usted la levita.

GONZALO. No... deje usted, es la emoción.

SIMON. Lo mismo da... Pero en fin... (Echándole encima los brazos.) Cállese usted... Aún es tiempo de salvarse; porque yo vengo á devolverle á usted el servicio que me prestó en una ocasión análoga, y que tan buen resultado me produjo.

GONZALO. (Levantándose.) Sí... Recuerdo.

SIMON. Pues, bien; haga usted lo que yo. Vigílele usted, no le pierda de vista.

GONZALO. ¿De modo que... era un amante disfrazado?...

SIMON. Sí, hájole apariencias engañosas.

GONZALO. Ya sospechaba yo que era un hombre. ¡Infame!

SIMON. Eso. Un hombre infame. Una víbora introducida en el hogar, criada en la casa...

GONZALO. (Aparte.) (Criada como yo, en la calle del Turco.) (Alto.) ¿Y pertenece al Ejército?

SIMON. ¡Al Ejército!

GONZALO. (Zarandeando á don Simón.) Hable usted, puesto que le conoce. ¿Es un alférez?... ¿Un teniente?

SIMON. Por Dios, Gonzalo...

GONZALO. ¿Capitán tal vez?

SIMON. (Aparte.) (Delira.)

GONZALO. (Interpretando su silencio.) ¡Oh! Se calla. Es capitán.

SIMON. (Aturdido.) Mi pobre amigo... No le prueba á usted el quedarse en mangas de camisa. ¿Qué está usted diciendo?

GONZALO. (Alzando la voz.) Y usted, ¿qué es lo que tenía que decirme?

SIMON. ¡Pues ea! Que he sorprendido aquí, arrodillado á los pies de Adriana...

GONZALO. ¿A quién?

SIMON. A ese falso amigo que le vende á usted... á Julián.

GONZALO. ¿A Julián? (Camblando de tono.) ¡Don Simón!

SIMON. A Julián; ya está dicho.

GONZALO. (Friamente.) ¿Y quién le ha dado á usted el encargo de comunicarme esa noticia?

SIMON. Su esposa de usted, en esta sala hace un momento.

GONZALO. (Aparte indignado.) ¡Ella! ¡Ella! (Como la mujer de este desgraciado.) (Por don Simón.)

SIMON. (Aparte.) Ya lo solté.

GONZALO. (Con desdén.) ¿Tan despreciable soy á los ojos de usted, don Simón?

SIMON. (Aparte.) (¡Anda! Ahora es un sér despreciable...)

GONZALO. ¿Ha creído usted por las trazas que á mí se me hace comulgar con ruedas de molino? ¿Que se me puede impunemente Donsimonizar?

SIMON. ¡Eh! ¿Qué verbo inusitado es ese? Donsimonizar...

GONZALO. ¡El derivativo!... ¿El rubio? (Riendo amargamente.) ¡Já, já, já! (Toca un timbre.)

SIMON. (Inquieto.) Póngase usted una capa... El frío le trastorna á usted la cabeza...

GONZALO. (Al Criado que aparece.) A Julián, que le espero.

SIMON. Gonzalo, amigo mío.

GONZALO. (Gritando y blandiendo una silla.) Que venga Julián... ¡Ah! Ya está aquí. (Vase el Criado.)

ESCENA XII

GONZALO, DON SIMÓN y JULIÁN

GONZALO. (Jovialmente á Julián que sale por el foro.) Ven acá, Julianito. ¿Con que á lo que parece, le haces la corte á mi mujer?

JULIAN. (Aparte.) (¡Cómo!) (Don Simón, que iba á interponerse, se detiene estupefacto.)

GONZALO. Te han sorprendido de rodillas á sus pies... Así lo cuenta la crónica. (Por don Simón.)

JULIAN. (Aparte por don Simón.) (¡Ah miserable! ¡Lo vió todo!) (Alto á don Simón.) ¡Caballero!

GONZALO. Calma. (A don Simón.) Présteme usted atención y aprenda. (Abriendo la primera puerta de la derecha.) Julián. Mi mujer está allí, en el gabinete. Toma; llévale este ramo. (Dándole el que deshojó.)

JULIAN. ¿Yo?

SIMON. ¿Él?

GONZALO. Te autorizo á que vuelvas á caer de rodillas delante de ella. Anda. (A don Simón.) Váyase usted fijando.

JULIAN. ¿Qué es esto? ¿Me reta?

GONZALO. ¿Aún estás ahí? Vamos, hombre, adentro. (Empujándole.)

JULIAN. (Aparte.) No me explico... (Vase acosado por Gonzalo.)

ESCENA XIII

GONZALO y DON SIMÓN

SIMON. Pero, infeliz... ¿Qué ha hecho usted? (Se deja caer anonado sobre una silla, y mira constantemente con inquietud hacia la puerta por donde se fué Julián.)

GONZALO. (Con satisfacción.) Lo que hace el hombre que ha corrido y que no cree en la grosera artimaña de los rubios. Sí-gase usted fijando.

ESCENA XIV

DICHOS y JOSEFINA

GONZALO. Ahora, al otro.

JOSEFINA. Ya está, señorito. (Dándole la levita que Gonzalo se pone.)

GONZALO. (Mirando el botón y aparte á don Simón, que no le escucha.) (Lo ha cosido. En la vida de cuartel, no es extraño...) (Alto.) Caballero... (Aparte, conteniéndose.) (No; prefiero humillarle, llevar el sarcasmo hasta el último límite.) (Aparte á don Simón.) Observe usted bien. (Alto.) Josefina. ¿Sabes que me gustas extraordinariamente? Yo tengo una debilidad por las chicas corpulentas como tú.

JOSEFINA. (Aparte.) (¿Me tutea? ¡Vamos! Es un punto.)

SIMON. (Aparte á Gonzalo levantándose y señalándole la puerta primera de la derecha.) Piense usted que allí dentro entre tanto...

GONZALO. (Aparte, obligándole á sentarse.) Déjelos usted, y no pierda ni un detalle de esto otro. (Alto.) Pues sí... Yo suelo tomar algunas libertades con las camareras de mi mujer; y si tú no eres arisca... (Tomándole el talle.)

JOSEFINA. ¡Eh!... ¡Alto allá! (Evitándolo.)

GONZALO. (Aparte.) ¡Qué poco natural es esa resistencia en una criada! (Insistiendo.) Déjate querer, tonta.

JOSEFINA. (Dándole un fuerte repujón.) Poco á poco. Yo no soy lo que usted cree...

GONZALO. (Agitando el puño y triunfante.) ¡Ah! Por fin se ha hecho traición. Salgamos, capitán.

LOS OTROS. ¿Capitán?

GONZALO. ¿Ha imaginado usted que bastaba con afeitarse el bigote para engañarme á mí? Eso es bueno para un don Toribio, para un don Simón, para un imbécil cualquiera.

SIMON. Ya no sabe lo que se dice.

GONZALO. Ya he corrido y he hecho ya eso. Usted no es más que un copista, un plagiario... Acabemos. Sígame usted.

JOSEFINA. No se acerque usted, ó llamo á la señora.

GONZALO. Por el honor de su uniforme... Vamos.

JOSEFINA. ¡Señorita!...

GONZALO. Silencio, cobarde.

ESCENA XV

DICHOS y ADRIANA

ADRIANA. (Con indignación por la primera de la derecha.) ¿Qué significa esto, Gonzalo? Ese hombre está loco. ¿Cómo es posible que tú le hayas autorizado á entrar en mi cuarto para decirme por la segunda vez...?

GONZALO. ¿Cómo por la segunda vez?...

ADRIANA. La primera pude excusarle.

GONZALO. ¿Con que era verdad?

SIMON. ¿Ahora se descuelga usted con eso?

GONZALO. (Aparte.) (Entonces hay dos. Sí, dos.) (Alto.) Luego me ocuparé de Julián.

ADRIANA. Déjale. Ha salido ya para siempre de esta casa, avergonzado de su conducta.

GONZALO. Está bien; pero no será él solo. (A Josefina, tomándola por un brazo.) Venga usted.

ADRIANA. ¡Eh! ¿Qué te ha hecho esa muchacha?

GONZALO. ¿Qué me ha hecho esa muchacha?... Salgamos, capitán. (Abre la puerta del foro y se oye cantar dentro, por una voz potente, la canción que don Simón le tarareó á Adriana en la escena segunda.)

SIMON. ¿Esa voz?

JOSEFINA. (Aparte.) ¡Dios mío, Lorenzo!...

SIMON. ¡Es él! ¡Cómo! ¡Desvergonzada! (A Josefina.) ¿Se ha permitido usted introducir en este tranquilo hogar?...

JOSEFINA. (Aparte.) ¡Imprudente!

GONZALO. Pero, ¿á quién?

SIMON. ¡Qué! ¿No ha oído usted esa canción? Es el cabo que baja la escalera.

GONZALO. ¿Qué canción? ¿Qué cabo?

SIMON. El cabo de ésta, de Ramona, de mi criada.

GONZALO. ¡Su criada!

SIMON. (A Adriana.) El del inmemorial del Rey, al que sorprendí comiéndose mi pierna de carnero.

GONZALO. (Aturdido.) ¿Es su amante?

JOSEFINA. (Suplicando) ¡Oh! No, señor. Mi novio, que sólo espera cumplir para casarse conmigo.

GONZALO. (Con alegría.) Así, pues... ¿Josefina no es capitán? Y el otro en cambio... ¡Oh! Entonces, ¿de qué sirve haber corrido?

ADRIANA. Sirve para deshojar flores, despedir á los tapiceros que tienen el pelo rizado y á poner en duda la autenticidad de las camareras que miden un metro setenta y cinco.

GONZALO. Merezco una silba.

ADRIANA. Sí que la merece.

LOS OTROS. Sí.

ADRIANA. Mas no en esta sala.

LOS OTROS. No.

ADRIANA. Que, aunque inocente yo...

LOS OTROS. Y yo.

ADRIANA. A mí me alcanza.

LOS OTROS. Y á mí.

ADRIANA. No andemos, pues, por recodos, que á público tan clemente, pedirle es mejor de frente que nos dé un aplauso á todos. (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

OBRAS DE DON ENRIQUE GASPAR

- CORREGIR AL QUE YERRA, comedia en un acto, original y en verso.
EL ONCENO, NO ESTORBAR, comedia en un acto, original y en verso.
LA ESCALA DEL MATRIMONIO, comedia en tres actos, original y en verso.
CANDIDITO, (Tercera edición), comedia en un acto y en verso.
NO LO QUIERO SABER, (Segunda edición), comedia en un acto y en verso.
¡POBRES MUJERES! (Quinta edición), comedia en un acto, original y en verso
EL PIANO PARLANTE, comedia en tres actos, original y en verso.
EL SUEÑO DE UN SOLTERO, comedia en un acto, original y en verso.
MONEDA CORRIENTE, comedia en tres actos, original y en verso.
CUESTIÓN DE FORMA, comedia en tres actos, original y en verso.
EL JUGADOR DE MANOS, comedia en tres actos, arreglada del francés.
LAS CIRCUNSTANCIAS, comedia en tres actos y en prosa, original.
LA CHISMOSA, comedia en tres actos, original y en verso.
LA LEVITA, (Cuarta edición), comedia en tres actos, en prosa, original.
DON RAMÓN Y EL SEÑOR RAMÓN, comedia en tres actos, en prosa, original.
LA CAN-CANOMANÍA, sátira en un acto.
LOS NIÑOS GRANDES, comedia en tres actos, en prosa, original.
EL ESTÓMAGO, comedia en tres actos, en prosa, original.
ATILA, drama en tres actos, en verso, original.
EL OSO PROSCRIPTO, comedia en tres actos, en prosa, original.
LA NODRIZA, comedia en dos actos, en prosa, original.
LAS SÁBANAS DEL CURA, boceto en un acto, en prosa, original.
LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO, juguete cómico en dos actos, y en prosa.
ADMINISTRACIÓN PÚBLICA, boceto en tres actos y en verso.
PROBLEMA, comedia en tres actos, en prosa.

- AMOR Y ARTE, drama en tres actos, en prosa.
LA LENGUA, comedia en tres actos, en prosa.
LA GRAN COMEDIA, comedia en tres actos, y en prosa.
LAS LUCHADORAS, buñuelo en un acto, y en prosa, arreglado del francés.
LOLA, comedia en tres actos y en prosa.
LAS PERSONAS DECENTES, comedia original en tres actos y en prosa.
SERAFINA LA DEVOTA, comedia en cuatro actos, y en prosa, arreglada del francés.
LA ESTATUA ECUESTRE, boceto en un acto y en verso.
MAR Y CIELO tragedia en tres actos, traducida del catalán.
EL HABA DE SAN IGNACIO, comedia en tres actos y en prosa.
JUDIT DE WELP, tragedia en tres actos, traducida del catalán.
LA HUELGA DE HIJOS, comedia en tres actos y en prosa, original.
LA CASA DE BAÑOS, comedia en dos actos y en prosa, original.
LA ETERNA CUESTIÓN, esbozo dramático en tres actos y en prosa, original.
LA REBAJA DEL TÍO PACO, boceto en un acto y en verso, original.
LA COLA DE PAJA, comedia en dos actos y en prosa, arreglada del francés.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales, que se detallan en Catálogo separado, a disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Éxtranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.